

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

DIRECCIÓN: GUILLERMO VARGAS • ADROR.: VÍCTOR POLINARIS

EDITORES: IMPRENTA ALSINA, MURRAY Y CIA.

AÑO IX

10 DE JULIO DE 1914

NÚM. 114

La Novicia

Surgiste, emperatriz de los altares,
esposa de tu dulce Nazareno,
con tu atavío vaporoso, lleno
de piedras, brazaletes y collares.

Celoso de tus júbilos albares,
el ataúd te recogió en su seno,
y hubo en tu místico perfil un pleno
desmayo de crepúsculos lunares.

Al contemplar tu cabellera muerta,
avivóse en tu espíritu una incierta
huella de amor, y mientras que los bronce

se alegraban, brotaron tus pupilas
lágrimas que ignoraran hasta entonces
la senda en flor de tus ojeras lilas.

Julio Herrera Reissig

(De Los Perzucinos de Piedra).

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

DIRECTOR:

GUILLERMO VARGAS

EDITORES:

LIBRERÍA ALSINA & MURRAY Y Cía.

ADMINISTRADOR:

VÍCTOR POLINARIS

CONDICIONES:

Número suelto c 0-25
Suscripción por un mes 0-50
" " trimestre (adelantado) 1-25
Número atrasado 0-40

Para Centro América los mismos precios.
Para el Extranjero,

el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

APARTADO DE CORREOS 249

SUMARIO:

TEXTO

La noticia.....	JULIO HERRERA REISSIG	Lo que dijo Fray Luis.....	JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA
La sirena.....	JULES LEMAITRE	Lic. don P. Pérez Zeledón.	
Comprando ayotes.....	AQUILEO J. ECHEVERRÍA	Legación a Washington....	
La Centocenta.....	CARMEN LIRA	Un homenaje justo.....	
Oración para que un niño no se muera.....	FRANCIS JAMMES	El animal más grande del mundo.....	
Don Pilar Jiménez Solís...		Un huelguista.....	ANTONIO CASERO
Academia de Derecho Inter- americano.....		Notas.....	

GRABADOS

Señorita Elida Piza Chamorro.—Aquilao J. Echeverría.—Don Pilar Jiménez.—Venecla: isla de San Giorgio Maggiore. Papaya cultivada en Costa Rica.—Nuevas construcciones en el lado noreste de San José.—Licdo.

don Pedro Pérez Zeledón.—Don Roberto Brenes Mesén.—Don Modesto Martínez.—Archiduque Francisco Fernando y su esposa.—Archiduque Carlos Francisco y su esposa.—Señorita Carmen Jiménez.—Modas.

La Sirena

Cuando se acercaban al islote de las Sirenas el viento se calmó y las olas se durmieron. Los marineros arriaron las velas, y Ulises, acordándose de los consejos de Circe, amasó cera con sus fuertes manos y con ella tapó los oídos a todos sus compañeros. Estos le ataron con cuerdas a un mástil, y luego hundieron los remos en la mar espumosa.

Desde el fondo de su gruta, las sirenas habían distinguido el navío. Y cuando le tuvieron al alcance de su voz, se acercaron a la orilla y se pusieron a cantar.

—Venid, venid, hombres amados, que ningún navegante ha pasado por nuestra isla sin escuchar nuestra voz... Luego se alejan llenos de gozo y después de haber aprendido muchas

cosas, porque nosotras sabemos todo lo que ocurre en la madre tierra...

Alzando sus cuerpos resplandecientes y frescos por encima de las ondas inmóviles, con los hermosos brazos hacían gestos de llamada. Pero su sortilegio más poderoso consistía en la voz, dulce como una mar lechosa, penetrante como el olor de las algas, tierna y un poco ronca como la voz misma del deseo.

Ulises, oprimido por las ligaduras, se agitaba furiosamente; pero sus compañeros, de antemano advertidos, apretaron más las cuerdas que ataban sus brazos y muslos.

A pesar de todo, uno de los marineros, llamado Euforio, se dijo que bien valía la pena, aún a riesgo de la vida, de escuchar unos cantos que de tal modo turbaban a un hombre tan moderado como el prudente Ulises.

Y se quitó la cera de los oídos y escuchó...

Mas, tal impresión le produjo lo que oyó, que se inclinó sobre la amura y al cabo de un instante cayó en las amargas olas.

Los marineros, antes de abandonar el cuerpo de su compañero, vacilaron; pero Ulises les ordenó con los ojos que siguiesen adelante y doblasen el islote.

* *

... Con todas las fuerzas del deseo, Euforio nadaba hacia las voces.

El agua, brillante al sol, se internaba ensombrecida en una gruta azulada a cuya entrada se erguían las sirenas en número de siete. Hasta un poco más arriba de la cintura, parecían mujeres jóvenes; tenían ojos glaucos, cabellos de oro verde, dientes puntiagudos en bocas un poco grandes, rostros infantiles, las caderas apretadas por una funda de escamas, y el nadador veía agitarse a flor de agua el suntuoso reflejo de sus colas.

Cuando estuvo cerca de ellas, las sirenas cesaron de cantar, y luego salieron al encuentro del hombre. Dando estridentes gritos, le llevaron hasta el fondo de la gruta y le depositaron desnudo en una hendidura de la

roca en la cual había huesos humanos. Aquellas lindas personas acostumbraban desgarrar los cuerpos de los naufragos y chuparles la sangre con sus bocas de flor.

Ahora bien, una de las Sirenas pareció a Euforio más hermosa que las otras y creyó que su rostro era menos impasible. Y se volvió hacia ella y le dijo:

—Moriré contento después de haber oído los cantos de las hijas de la mar; pero seré más dichoso todavía si recibo la muerte de ti sola.

La Sirena le miró con sorpresa. Era la primera vez que veía un deseo y leía claramente un pensamiento en un rostro de hombre, porque, ordinariamente, las facciones y los ojos de los naufragos no expresaban más que terror, y hasta ocurría, cuando el exceso de esfuerzo les había agotado, que no expresasen ningún sentimiento.

Separó a sus hermanas con un gesto y les dijo:

—Este extranjero me pertenece.

Las demás Sirenas se alejaron, ya porque la que de este modo hablaba tuviese alguna autoridad sobre sus compañeras, ya porque alguna ignorada convención regulase entre ellas el reparto de los pecios vivos de la mar.

Al quedarse sola con el griego sutil, le preguntó:

—¿Tu nombre?

Y cuando lo supo, añadió:

—Euforio, te amo, y, aunque inmortal, es la primera vez que pronuncio esta palabra y que experimento lo que significa.

—Y tú—dijo el griego,—¿cómo te llamas?

—Leucosia.

* *

Las demás Sirenas, fieles al pacto convenido, dejaron a Euforio y a Leucosia que viviesen aparte y como mejor se les antojase.

Detrás de la gruta se extendía una pradera secreta con una fuente de agua dulce, y Euforio bebía de esa agua y se alimentaba con mariscos.

Leucosia no se separaba un momento de él. Juntos gozaban haciéndose mecer por las olas y sintiéndose levantados y empujados por aquella líquida caricia. Algunas veces, desde lo alto de una roca, la Sirena se dejaba caer, recta la cola y semejando una flecha, y él la recibía en sus brazos, y los dos se zambullían en el salado abismo. Otras veces jugaban con los bondadosos delfines y les hacían objeto de mil bromas...

Por la noche, mientras las otras sirenas, tendidas sobre la hierba, alineaban una junto a otra sus pesadas colas, Euforio y Leucosia, se retiraban a un rincón de la pradera; y el hombre se dormía entre los fríos brazos de la pequeña diosa acuática.

Hablaban poco. Leucosia conocía las palabras que designan las cosas esenciales para la vida de una divinidad marina, de segundo orden, instalada en un arrecife del Mediterráneo. Sabía nombrar el cielo, la mar, el sol, la luna, las estrellas, las rocas, los peces y las diversas partes del cuerpo. También sabía decir oigo, siento, amo, deseo, espero y quiero... Pero a esto aproximadamente se reducía el vocabulario de la joven inmortal.

Un día, Euforio la dijo:

—Cuando desde la nave rápida os oí, a tus hermanas y a tí, decíais saber muchas cosas que los hombres ignoran. Cuéntamelas, Leucosia.

Mas ella le hizo comprender que las sirenas mentían y que decían esto para provocar la curiosidad de los viajeros.

Y, con efecto, las palabras que cantaban y que él oía todas las noches no expresaban conocimientos de la inteligencia, sino sentimientos que corresponden a la gracia de la mañana, al esplendor del poniente, a la inmensidad o a la belleza del mar—o sencillamente la alegría de tener un cuerpo ágil e infatigable,—y a veces contenían la herida de un deseo que si para las ingenuas músicas era indeterminado, se precisaba dolorosamente en el alma de Euforio, alma llena de recuerdos y de experiencia humana.

Leucosia advertía las tristezas de su amigo y las calmaba con sus frescos besos. En la mar, en el estanque y en la gruta, era más fuerte y más ágil que él y le ayudaba y protegía a cada instante. Pero, en la arena o en la secreta pradera, cuando se veía obligada a andar apoyándose con las manos y arrastrando la inútil cola, admiraba y envidiaba los hábiles pies de su compañero. Además, se daba cuenta de que éste había visto más cosas que ella y que su espíritu estaba lleno de pensamientos que ella ni siquiera podía sospechar.

El se decidió a instruirla y trató de hacerla comprender la vida de la humanidad en los continentes y en las grandes islas. Mas pronto vió que no le comprendía, porque las palabras que empleaba no tenían relación con ningún objeto que pudiese ponerle ante los ojos.

Entonces empezó a aburrirse, pues Leucosia ya no tenía para él el sabor de la novedad. Ella era muy diferente y tenía alma muy elemental. Lo que al principio le había encantado le resultaba importuno, y guardaba rencor a Leucosia por su ignorancia y también porque tuviese la piel fría y salada.

Recordaba, siempre con pesar vivísimo, la vida de otros tiempos. Y por la noche, en la secreta pradera, mientras la pequeña diosa con grupa de escamas dormía junto a él, veía los campos, los bosques, los ríos, los bueyes de labor, las casas de los hombres, las tiendas de los mercaderes, los templos en lo alto de los promontorios, los navíos en los puertos, y en las tabernas donde se bebe vino aromatizado, las doradas y morenas bailadoras que se ponen flores coloradas en los cabellos, cuyas manos están calientes, y que tienen piernas...

Por entonces ocurrió que un navío, atraído por el canto de las sirenas, fué a estrellarse en un escollo vecino. Y Euforio vió con horror que aquellas graciosas muchachas hundían sus agudos dientes en los cuerpos de los naufragos y que merced a la sangre que chupaban se hinchaban como blancas

odres. Leucosia no había querido cantar con sus hermanas ni tomar parte en el festín, y Euforio le agradeció las dos cosas; pero, después de haberla interrogado, sacó en claro que únicamente se había abstenido por no contrariarle, y que,—si el amor, común a la mayor parte de los animales, había podido conmoverla,—la piedad, propia tan sólo de los hombres, había continuado siéndole extraña.

* * *

Las sirenas respiran lo mismo bajo las ondas que en el aire; y asistido por su amiga, Euforio había aprendido a retener la respiración, estando debajo del agua, mucho más tiempo que ningún buzo. Y con frecuencia se divertía nadando con Leucosia a través de los bosques de coral y de los jardines de plantas submarinas, sin saber si las formas que se agitaban en la vidriosa transparencia eran piedras preciosas, flores o animales.

En el transcurso de uno de estos paseos descubrió en el fondo de un valle marítimo los restos de un naufragio, y entre esos restos, vasos, calderos, utensilios domésticos, collares, joyas, cinturones, espejos de plata, tablas pintadas que representaban diversas escenas de la vida humana, y un cofre lleno de oro.

Con ayuda de Leucosia subió a tierra todos estos objetos; le puso un collar al cuello, brazaletes en los brazos, le estrechó el talle con un cinturón cincelado, y le presentó un espejo. Ella se consideró hermosa y sonrió. Luego, él le explicó para qué servían los otros objetos y todo lo que estaba representado en las tablas pintadas. Y esta vez, Leucosia pareció imaginar una vida distinta a la suya.

—Yo quisiera—dijo con un poco de tristeza—ver todo eso; pero no soy más que una diosa marina, y no conoceré nunca otra cosa que la mar.

A Euforio se le ocurrió entonces la idea de provocar más su curiosidad por ver la tierra y servirse de ella para evadirse del islote de las sirenas. Así ocurría que meditaba separarse de su

amiga en el instante mismo en que ella afinaba su inteligencia y en que empezaba a acercarse a él.

El no dejó de hacerle deliciosos relatos de la vida que se observaba entre los hombres, y al fin la dijo:

—Si quisieses venir conmigo, podríamos atravesar la mar a nado, hasta llegar a una ciudad que se llama Atenas y que se encuentra a tres jornadas de aquí.

—Pero—respondió ella,—en tierra podré andar muy poco.

—Yo te ayudaré—respondió Euforio;—y cuando estemos en la ciudad, un carro magnífico, como esos que has visto en las tablas pintadas, te llevará a donde quieras ir. Y con el oro de este cofre viviremos dichosos.

Pero no decía todo lo que pensaba.

* * *

Una travesía de tres días no era más que un juego para una sirena. Nadando unas veces a su lado, otras sostenido por ella, Euforio no llegó cansado a la orilla del continente.

El lugar estaba desierto; pero, allí en el horizonte, se alzaba una ciudad a la cual se llegaba por un sendero largo y cubierto de polvo.

Euforio se hizo un cinturón con ramas y hojas a fin de presentarse con decencia delante de los hombres.

En un principio, la Sirena se arrastró ayudándose con las manos; mas, las piedras le desgarraban la carne y el sol la aniquilaba.

Euforio, que iba delante, estaba bastante lejos. Y ella le llamó y le dijo:

—Dura es la tierra de los hombres. Yo te he llevado, amigo mío, llévame tú ahora.

No tuvo valor para negarse, desanduvo el camino andado, se bajó y le ofreció la espalda. La Sirena le echó los brazos al cuello; él se incorporó; y mientras andaba, la cola de escamas barría el polvo.

Sudando bajo el peso de su carga, Euforio murmuraba palabras de cólera. Y se preguntaba qué haría de aquella mujer-pezu en un país de hombres.

De pronto desanudó brutalmente de su cuello los brazos de Leucosia, la dejó caer en el suelo cuan larga era, y salió corriendo.

—¡Euforio! ¡Euforio!—gritó la Sirena con dolorido acento.

Y tal fué su grito, que el hombre, conmovido, se detuvo.

—Ten paciencia—le dijo;—voy por una carreta y volveré a buscarte.

—No, no,—gimió ella;—no volverás, lo sé. No me quieres porque soy muy distinta a las demás mujeres, pero tú vives por mí y yo por tí voy a morir, pues sin duda los dioses, para castigarme por haber amado a un hombre, me han quitado la inmortalidad.

Se retorció los brazos, y por primera vez las lágrimas asomaron a sus pálidos ojos. La cola, cubierta de polvo y cuyos vivos reflejos se habían apagado, sin fuerzas ya, golpeaba el suelo débilmente.

—¡Euforio! ¡Euforio! ¡Ten piedad!—exclamó Leucosia.

—¿Piedad?—repuso el hombre.—Tú no has pronunciado nunca esa palabra.

—Porque no había sufrido—contestó ella.—Escucha, amigo mío. Comprendo perfectamente que para tí no puedo ser más que una rémora y, además, yo no tendría momento de tranquilidad a causa de las demás mujeres que tienen pies. Por otra parte, eso que tanto he deseado ver, ahora me llena de espanto... pero estoy demasiado débil para llegar a la mar. Llévame hasta la orilla, y volveré sola a reunirme a mis crueles compañeras.

—¿Crueles?—repitió Euforio.—He aquí otra palabra que tampoco habías pronunciado nunca.

—¡Ay!—replicó ella.—Tú eres quien me ha revelado su sentido.

Euforio, sin decir nada más, la levantó en sus brazos, tanto y tan bien, que los sueltos cabellos de la Sirena le rozaban las rodillas. Ella le sonreía a través de sus lágrimas, y gemía con voz tan tierna que él sentía plégarse su voluntad.

Dejó a su amiga en la arena, muy cerca del agua.

—Adiós, amigo mío.—le dijo.

—¡Ah!—exclamó él suspirando.—¡Si por lo menos tuvieses piernas!

—¡Qué quieres! ¡No las tengo! Además, allá, en la mar líquida, no las necesitaré... Procuraré olvidar y volver a ser igual a mis hermanas... porque si recordase, el haberte conocido y las cosas que me has enseñado serían mi mayor desgracia... Pero ¿conseguiré olvidar? ¡Ay! Temo que no, pues no soy más que una pobre Sirena degenerada...

Euforio lloraba.

—Sea lo que gustes—exclamó,—pero te amo y no permitiré que te vayas sin mí. Seremos lo que los dioses quieran... Vámonos juntos...

Seguramente el hombre hubiera cometido esta locura si en aquel mismo instante la benévola Tetis no se hubiera aparecido a los dos enamorados.

—Me interesáis—les dijo,—y os quiero bien, porque tú, Leucosia, has sido buena para con uno de los que no ha mucho combatieron con mi hijo Aquiles, y porque tú, Euforio, te has compadecido de una de mis hijas marinas en el momento en que ibas a realizar el más grato de tus deseos; y en fin, también, porque uno y otro os habéis elevado en conocimiento y en virtud. Podría recompensaros de diferentes maneras. Podría, Leucosia, antes que dejarte marchar sola, quitarte la memoria de todo lo que has aprendido y que en adelante sólo puede hacerte sufrir. Podría, Euforio, darte de aletas y de la forma de un delfín, conservándote, bajo esta forma, el entendimiento y los recuerdos humanos, a fin de que vivieses agradablemente con Leucosia en la vasta mar. Pero quiero haceros dichosos del modo y manera que vosotros entendéis serlo en este momento... Leucosia, hija mía, ¿renunciarías, por vivir con él, a tu inmortalidad?

—Cierto que sí,—respondió la Sirena.—Para ser inmortal es preciso no pensar en nada.

El Pulgarcito con su diminuto calzón rojo, su casaca azul, sus medias blancas y sus zapatos de cuero leonado, viene con la sonrisa de la confianza en sí mismo al frente de sus hermanos; Caperucita lleva la linda cabeza cubierta por la gorra encarnada que le ha dado el nombre que suena lleno de encanto en los labios de los niños y de los hombres que no han olvidado que fueron niños. De su brazo cuelga la cesta en donde van la torta y el tarro de mantequilla para la abuelita enferma; Barba-Azul inmenso y terrible: en la mano agita la llave manchada de sangre, la esposa tiembla a sus pies en lo alto de la torre. Ana, la hermana, grita que sólo mira el sol que reverbera y la yerba que verdea; la Bella Durmiente del Bosque hace su sueño de cien años en un lecho deslumbrante de oro y plata en aquel castillo solitario, del cual apenas pueden verse de lejos sus torreones que asoman sobre una muralla de árboles y de malezas; Piel de Asno guarda los pavos de la alquería en que sirve o se pasea dentro de su cuartito miserable, arrastrando la cola del vestido color de tiempo, mientras el príncipe curioseaba por la cerradura; el Gato con botas corre, riendo con malicia, delante del coche en que van el rey y su amo el Marqués de Carabas; Riquet, el del Copete, pasa feo y contrahecho pero lleno de sprit haciendo reverencias y las hijas de la viuda dejan escapar al hablar—la una, la amable—perlas, rosas y diamantes y la otra—la malhumorada—sapos y culebras.

Viene luego el mundo de los Grimm con su inolvidable princesa Blanca-Nieve, quien nació tal cual la deseara su madre, aquella reina que cosiendo en un día de invierno cerca de su ventana enmarcada en ébano, se pinchó un dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve que cubría el alfeizar. «Pudiera tener yo»—se dijo—«una niña cuya tez luciera la blancura de esta nieve, el encarnado de esta sangre y cuyos cabellos fuesen tan negros como el ébano de la ventana». Tomasillo Pulgar busca abrigo y lo encuentra en un caracol; Herma-

nito y Hermanita se detienen hambrientos frente a la casita de turrón y el Príncipe-Rana saca del estanque la bola con que juega la hija del rey.

El Pájaro Azul de Madame d'Aulnoy se lamenta en el ciprés que está frente a la torre donde tienen encerrada a su prometida.

Madame de Beaumont hace desfilar las figuras de su lindo cuento «La Bella y la Fiera», tan parecido al mito de Psiquis y el Amor.

Las siluetas cómicas que vagabundeaban sobre los labios carnosos de los negros y que Chandler Harris fija en las páginas de un libro, se deslizan ejecutando sus piruetas que han esponjado en carcajadas tantas bocas de niños de piel morena y de piel blanca y fina. Bien que al llegar a nosotros, nuestras abuelas transformaron estas siluetas: son ellas, la de tío Conejo, más ladina que la de abogado viejo; la de tía Zorra, cuya proverbial astucia de nada le sirve ante el ingenioso Conejillo y la de tío Coyote, simplona y crédula como la de un campesino cándido en una ciudad.

Entre estos grupos de seres imaginarios y que, sin embargo, han conmovido más nuestra sensibilidad que muchos seres reales que se afanan en la vida, va y viene un tropel de hadas jóvenes y viejas, vestidas con trajes resplandecientes o cubiertas de harapos y armadas de su varita mágica; de gnomos alegres coronados de flores y que bailan a los sonos de sus arpas de oro; duendes traviosos que ya deshacen muriéndose de risa la calceta de la vieja regañona, como terminan en un abrir y cerrar de ojos la tarea del pobre zapatero.

Pero de todas estas figuras ninguna tan gentil y bella como la de Cenicienta. Envuelta en su sonrisa triste y bondadosa se desliza entre el alma infantil con la misma dulzura de un rayo de luna.

¿Quién de los que la conocen de pequeños no ha hecho de su corazón un relicario para llevarla en él tal como la soñara Doré, sonriendo con la placidez y la serenidad que hay en los labios de las almas puras y asomando

tímida la punta de su pie calzado con la zapatilla de cristal?

Y esta zapatilla de Cenicienta!

Mientras la inocencia vive dentro del espíritu, el menudo chapín transparente se agita entre las brumas azules que flotan en los ensueños de los primeros años, tal como una barquita portadora de algo misterioso, aquello que ya de hombre uno llama el ideal.

La Cenicienta es el primer cristal de Belleza que se prende del alma. Antes de conocerla, todas las ideas que de lo bello se tienen se agitan imprecisas en la inteligencia, pero a su llegada se unen y forman esa blanca y delicada forma que se nos queda dentro para mientras vivamos.

Los niños católicos que saben de ella, la ponen al lado de la Virgen María. Conozco una chiquilla que no quería pensar que la Madre de Dios fuese más buena o más bella que la Cenicienta.

Ser como Cenicientilla! Ser linda como ella! Sufrir y llorar como ella! He aquí el deseo más vehemente de muchas pequeñas soñadoras.

Es la primera santita mártir del calendario de los niños. Antes de Santa Eulalia, de Santa Lucía, de Santa Agueda, está Santa Cenicienta llorando entre las cenizas por las crueldades de su madrastra y de sus hermanas.

Las lágrimas más tempranas que recuerdo haber derramado por algo que no implicase un dolor físico, fueron por ella, cuando siguió con sus ojos a las hermanas que se marchaban al baile. ¿Por qué no la llevaban si era linda y joven y deseaba tanto ir?

En la manera de contar el cuento los Grimm, hay un detalle que hace pensar en la sencillez de corazón del Santo de Asís, y que nunca que yo sepa ha dejado de conmovier a los niños que lo leen o escuchan: es aquel del padre que se va de viaje y pregunta a sus hijastras y a su hija qué desean les traiga. Ellas piden ricos vestidos y alhajas, pero Cenicienta sólo quiere un gajo verde de alguno de los árboles que él encuentre en su camino. ¿Y acaso en otros pasajes no la ha-

ce el cuento digna de caminar al lado de este San Francisco, hermano del lobo y de las tórtolas, que dice la leyenda? ¿Las aves del cielo no acudían también a ella llenas de confianza, porque como aquel bienaventurado era limpia de corazón?

Como en todo el relato conserva esa ingenuidad y gracia de la inocencia, los niños la comprenden mejor que a cualquier otro de los personajes que les hacen conocer y así es Cenicienta, antes que Jesús, quien les dice de la paz y dulzura que quedan en el alma cuando se perdona y hace bien a quienes nos hacen mal. ¿No pone en sus manos toda la gracia de su pensamiento, para peinar y adornar a sus hermanas que se van al baile, cuando todavía en sus pestañas tiemblan las lágrimas que han hecho brotar las burlas de aquellas?

Los sarcasmos y las crueldades de la madrastra y de sus hijas no son suficientes para enturbiar la tranquila diafanidad de su espíritu.

Cuando la zapatilla de cristal que no entró en los pies de las grandes damas, se acomodó en el breve pie de Cenicienta ante los admirados ojos de los mensajeros del rey y los envidiosos de sus hermanas, su actitud no fué de triunfo sino de perdón, pero con una nobleza tal que más bien parecía estar pidiéndolo por tener que concederlo. La alegría a que nunca había estado acostumbrada, hizo florecer magnífica su bondad. Su gesto aquel cuando se inclina para levantar y besar a sus hermanas arrodilladas ante ella y pedirles que la amen, queda en relieve en nuestro ser interno como una perenne lección de graciosa benevolencia.

La narración toda está impregnada de esa doctrina de perdón que han predicado hombres cuyo nombre ha llenado el mundo y sin pretensiones de sermón; con la sencillez y encanto de una fuente de aguas puras se entra por el alma de los niños y les deja un caudal de indulgencia que la vida no logra agotar.

Bendito cuento este de Cenicienta y su zapatilla de cristal que dejó perdi-

da en la escala del palacio del rey cuando oyó sonar la primera campana que indicaba la media noche! Lo maravilloso que encierra posee el encanto de las bellezas que no producen ningún bien material; la gentil inutilidad de la espuma que palpita sobre la copa que contiene una bebida generosa; la de la anunciación del fruto que hay en la seda de los pétalos.

Benditas maravillas que fueron en nuestros ratos de ocio como la miel que la madre pone sobre la rebanada de blanco pan! La buena hada apareciendo entre las tristezas de las cenizas; la calabaza convertida en carroza; los ratones en caballos; la rata en co-

chero; los lagartos en lacayos y el vestido mugriento de la doliente doncella en un traje en el que el oro y las piedras preciosas deslumbraban.

Es de los cuentos que debieran ser contados siempre por los labios temblorosos de una abuelita sentada en un viejo sillón, colocado en el rinconcito más tibio del hogar.

En cuanto a mí, siempre diré de Cenicienta lo que Verlaine, ya viejo, de Piel de Asno:

«Si Peau d'Ane m'était conté
J'y prendrai un plaisir extrême».

Carmen Ciria

Oración

para que un niño no se muera

Dios mío, conservadles ese niño pequeño tal como conserváis una hoja en el viento. Ved llorar a la madre, Dios mío, ¿qué os importa que no se muera el niño, no llevároslo ahora, como si no pudiera nada evitarlo? Ved que si lo dejáis vivir, rosas ha de ofrecer en Corpus, para el año que viene, en vuestro altar. Vos no ponéis, Dios mío, que sois todo bondad, la muerte azul en las mejillas sonrosadas, a menos que os llevéis los niños a una casa bella, en la que con sus madres estén a la ventana... ¿Por qué no ha de ser ésta?... Si el momento ha llegado, Dios mío, al ver morir a ese niño, acordáos de que Vos vivís siempre, de vuestra madre al lado.

Francis Jammes

(Traducción de E. Diez Canedo).

Don Pilar Jiménez Solís

Don Pilar Jiménez Solís, benemérito artista costarricense, nació en el pueblo, hoy villa de Guadalupe, el 27 de marzo de 1835. Fueron sus padres don Gregorio Jiménez y doña Florencia Solís. Desde la más tierna edad demostró gran afición a la música y su mayor placer consistía en fabricar, a la edad de 3 o 4 años, violines y otros instrumentos de caña brava en los que tocaba las melodías populares. El maestro don José María Montoya le enseñó a leer y el catecismo de la doctrina cristiana que era todo lo que enseñaban los maestros de su tiempo. Más tarde aprendió la escritura y la aritmética con el maestro don Vicente Valverde. En este aprendizaje siempre se distinguió por su entusiasmo y dedicación al trabajo. Hasta la edad de 15 años se ocupó en ayudar a su padre en las faenas agrícolas.

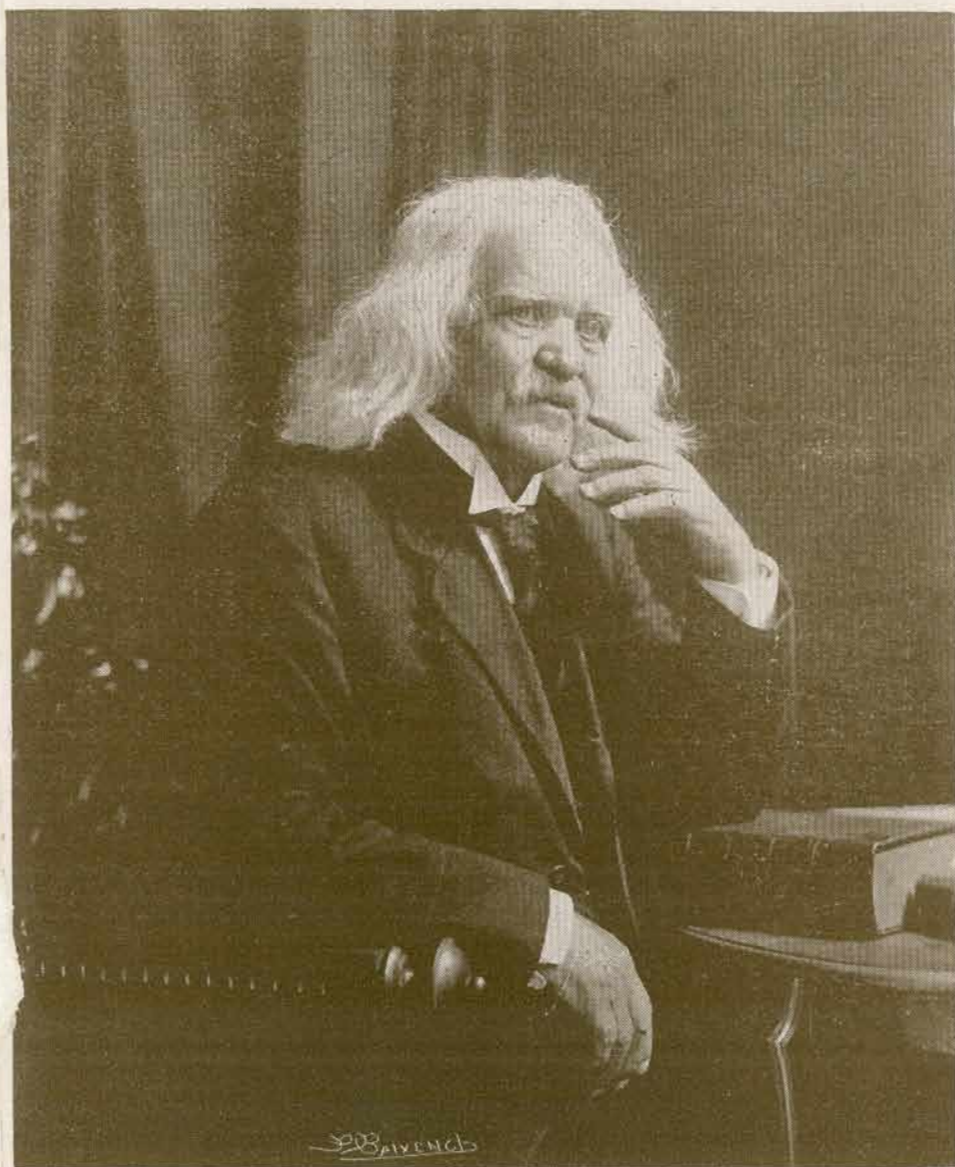
En 1850 se trasladó al pueblo de los Tres Ríos con el fin de aprender música con el maestro don Jesús Rodríguez. Con él aprendió a conocer las notas. La extrema pobreza de su padre, no le permitió ayudar en nada al joven estudiante, quien poseído del más gran entusiasmo y teniendo la más firme decisión de aprender el arte que le cautivaba, se ocupaba durante el día en cultivar, como jornalero, los terrenos de su maestro, para que él le permitiera durante los ratos de la noche, copiar algo de la música que poseía.

Toda la ayuda que tuvo fué la del padre don Raimundo Mora, primer Cura de Guadalupe, quien le daba *medio escudo* cada mes para sus alimentos.

Las penalidades que tuvo que soportar en los tres años que duró su estudio en Tres Ríos fueron incontables. Pero para él todos los sufrimientos

eran nada. Todo lo sobrellevaba alegremente con tal de dedicarse en las noches a su Arte predilecto. Los progresos que hizo, solo, por su propio esfuerzo, fueron rápidos. En el arte de la escritura de la música adquirió pronto una gran habilidad que le permitió hacer un buen acopio de música. Escribiendo aprendió el valor de las notas y solfeando misas, el solfeo. Sin ayuda de nadie aprendió a tocar el violín y el violoncelo y sus progresos fueron tales que a los dos meses de estar dedicado al estudio fué encargado por el maestro Rodríguez para copiar papeles e instruir a sus compañeros. Durante los tres años que estuvo en Tres Ríos, se ocupó en ayudar a su maestro, cantando y tocando en las funciones de que él se hacía cargo, en los Tres Ríos, Cartago y otras localidades y por toda remuneración del trabajo de tres años recibió la suma de *cuatro reales* que a él le parecieron una fortuna.

Después de su permanencia en Tres Ríos volvió a su pueblo natal, en donde entró en seguida a desempeñar los puestos de sacristán y maestro de música, con el sueldo de seis pesos al mes. Allí continuó su tarea de maestro, enseñando el arte musical a varios jóvenes, que le ayudaban en las funciones. A la edad de 20 años fué nombrado también maestro de una escuela, con numerosos alumnos, teniendo por remuneración de este trabajo ocho pesos que daba el Gobierno y el *punto* (ofrenda de frutos) que los alumnos le llevaban los viernes. A la edad de 22 años contrajo matrimonio con doña Melchora Núñez. Por esta época emprendió el estudio del piano. El maestro español don Pantaleón Zamacois le dió clases durante cuatro meses y estudiaba en San José en el



DON PILAR JIMENEZ SOLIS

piano del padre Mora. Poco tiempo después compró a su maestro un piano viejo en *cuatro onzas*, a plazos, y esta circunstancia le hizo aprender el arte de componer y afinar pianos. Desde la edad de 18 años que pudo ganar algo, todo lo dedicó al sostenimiento de su numerosa familia. A la edad de 23 años, empezó a dar clases de piano y canto, en San José. Sus discípulos eran numerosos. Trabajaba desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche. Entonces el *maestro Pilar* era el de casi todas las familias más distinguidas de la capital. Al mismo tiempo que daba clases de música, se ocupaba en funciones en las iglesias, y en tocar en la orquesta del teatro el violín, el violoncelo o el contrabajo.

Durante once años fué Maestro de Capilla y de canto en las escuelas públicas de Heredia. Fué profesor de solfeo, piano y canto en el Instituto Nacional; profesor de solfeo y canto en el Liceo de Costa Rica; profesor de canto en escuelas en San José, Guadalupe y San Vicente; profesor en la Escuela Nacional de Música y en la de Santa Cecilia; fundador de la Estudiantina de Guadalupe. La función de maestro la desempeñó sin interrupción ni descanso durante más de medio siglo, hasta que los años, nublando sus ojos y enmudeciendo sus dedos, le han quitado mucho de su capacidad para el trabajo, aunque no han disminuido un punto su entusiasmo y su vocación por el arte.

Sus principales composiciones son: una «Cartilla de Música», en 20 lecciones; la música de dos zarzuelitas tituladas «Amor al trabajo» y «Gracias a Dios que está puesta la mesa», ejecutadas, ambas, en el Teatro Municipal de San José. Escribió unas variaciones para piano sobre un tema del Elixir d'Amore; algunas misas y gran cantidad de trozos de música religiosa, como ave-marias, salves, letanías, canciones, etc.

El Maestro don Pilar Jiménez tiene dos cualidades características: la primera es su vocación inmensa por la música. Al cultivo del Divino Arte ha dedicado todas sus energías, todas sus

capacidades. Ha vivido por la música y para la música. Ella tiene sobre él un extraordinario poder curativo. También tendrá que morir de música. Es artista nato y habría llegado a ser un gran ejecutante o virtuoso, si hubiera podido contar en su tiempo con algunos medios que le hubieran permitido desenvolver sus eminentes aptitudes naturales. Es un verdadero artista, que supo sentir y juzgar la buena música, desde el comienzo de su carrera, gran admirador de las obras de los grandes maestros como Beethoven, Haydn, Mozart, Bach, Mendelsohn, etc.

La otra característica de don Pilar Jiménez es su dulzura, su benevolencia y su altruismo sin límites. El no ha vivido para él, sino para los demás. Su mayor dicha consistió en hacer bien a otros. Su mayor gloria, en enseñar, desinteresadamente, la música a todos los que lo solicitaron; en compartir sus escasas ganancias con sus compañeros de arte; en alentar con su consejo y su ayuda material a todos aquellos en quienes él descubrió buenas disposiciones. Nadie tocó jamás a su puerta que no saliera él a recibirle, con el corazón en la mano. El maestro Pilar ha entrado ya en los ochenta años; pero tiene el espíritu como de veinticinco. Es un joven de ochenta años. La blanca cabellera de plata que cubre su cabeza es un adorno. Es el reflejo de su corazón generoso y noble, altruista y puro. Su alegría y jovialidad inalterables son una demostración de que la fuente de la juventud está en el amor y que los pensamientos de benevolencia y altruismo para todos los seres pueden hacer que un hombre permanezca perpetuamente joven.

No podía el maestro Pilar dejar de conocer los grandes centros, en donde se manifiestan los más intensos esplendores del Arte. En el año de 1898, su familia, con alguna ayuda del Gobierno, le envió a Europa y Estados Unidos. Visitó el Queen's Hall de Londres, en donde se oyen quizá los mejores conjuntos orquestales y corales del mundo y los mejores centros musicales de París, Bruselas y Nueva York.

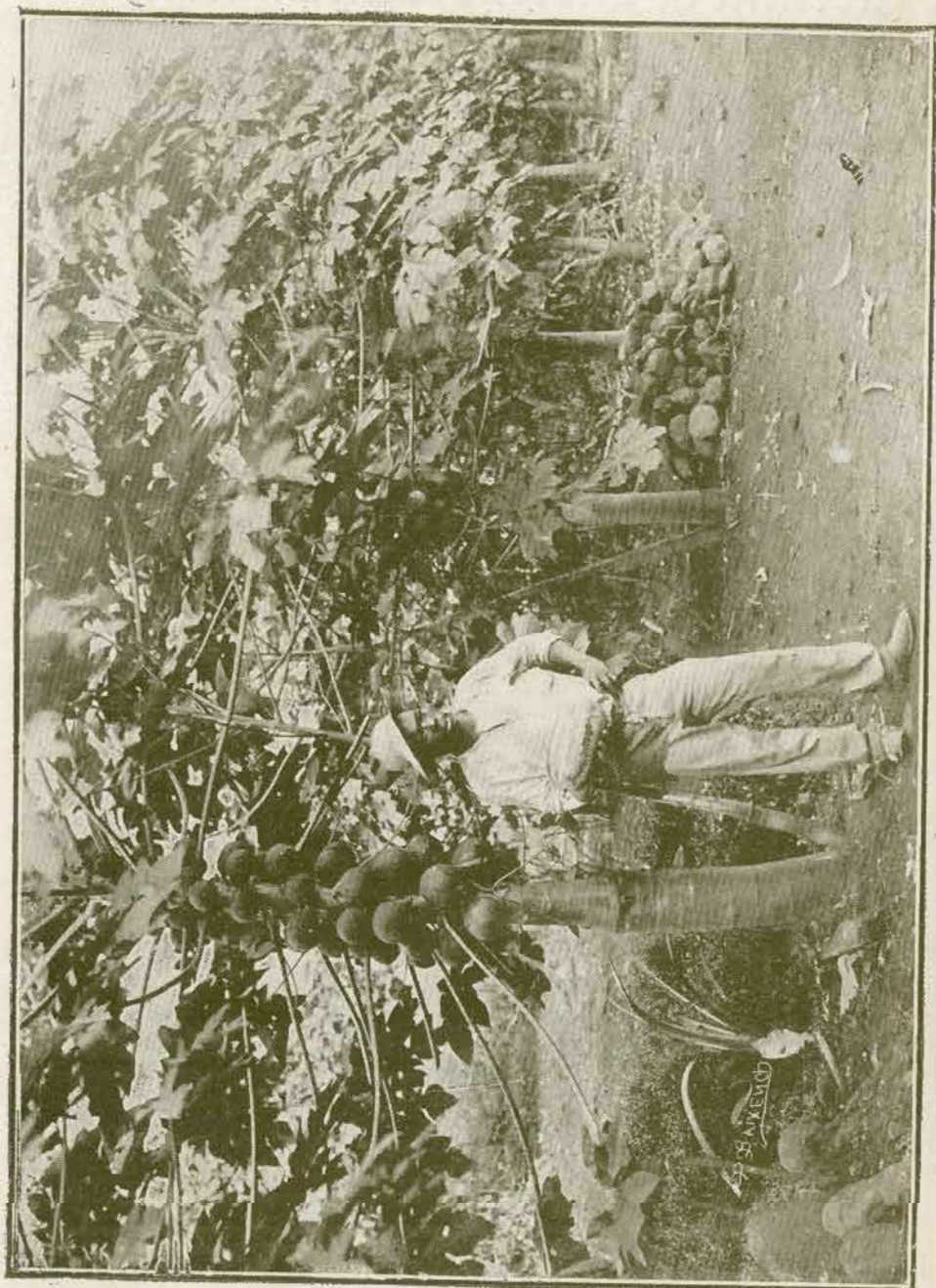
Academia de Derecho Interamericano

En París se ha fundado recientemente una Academia de Derecho Interamericano que, como su nombre lo insinúa, se dedicará al estudio de todas las cuestiones jurídicas relacionadas con la América. A este propósito dice *Le Figaro* de París: «Al tratar de la Academia Panamericana, primero que todo ha habido necesidad de elegir la lengua que debe servir de intérprete a la nueva fundación: esa lengua es el francés, y esto por razón bien simple, cual es la de que en América no hay más lengua universal que el francés. Los americanos del Norte no comprenden jamás el español ni el portugués; los americanos del Sur no comprenden el inglés sino raramente. Así, debatido el punto, se ha decidido que todos los libros y publicaciones del instituto serán escritos y publicados en francés. Y, como con-

secuencia, el asiento de las oficinas se establece en París». Por su parte, un escritor norteamericano, Mr. R. Basson, había escrito antes: «Para influir con eficacia en el pensamiento de los suramericanos, nuestro pensamiento norteamericano debe ir hacia ellos vía París». Estas palabras han alarmado bastante a algunos escritores de la vieja Península; pero por duro que sea ello para el amor propio de nuestros hermanos los españoles, preciso es reconocer que en la América Latina se leen más libros en francés que en español y que la influencia mental no entra en nuestras incipientes sociedades sino a través de la lengua gala. Es un hecho que no sin contradicciones anotamos los hispanoamericanos, en cuyos corazones se mantiene vivo el amor a la madre patria y a su hermosa lengua.



Venecia. — Isla de San Giorgio Maggiore



Papaya cultivada en Costa Rica

Licdo. don Pedro Pérez Zeledón

Hace pocos días regresó al país este preclaro ciudadano y juriconsulto costarricense, después de una permanencia de cerca de cuatro años en Washington, donde actuaba como abogado de Costa Rica en el juicio arbitral de límites pendiente con la República de Panamá y sometido a la decisión final del Chief Justice de los Estados Unidos de América, por convenio de las partes constante en el Tratado Anderson-Porrás. Innúmeros y valiosos son los servicios que el señor Licenciado Pérez Zeledón ha prestado a su patria en el curso de su ameritada vida pública y en distintos ramos de la administración, principalmente como Magistrado, como Representante del pueblo, como Secretario de Estado y como diplomático; pero sobresalen entre ellos, consagrándole de un modo definitivo en la admiración y gratitud de los costarricenses, los que ha cumplido en defensa de los derechos territoriales de Costa Rica. En efecto, gracias a la hábil e inteligente gestión de tan ilustre estadista, obtuvo nuestro país merecido triunfo legal en la controversia de límites sostenida con Nicaragua por largos años, y que fué felizmente resuelta por el laudo del Presidente de la Federación Americana, Mr. Grover Cleveland, en 1889. Con motivo de la querrela de igual naturaleza que venilan Costa Rica y Panamá, el Gobierno de la República encomendó, en 1910, al Licenciado Pérez Zeledón, la defensa de los derechos soberanos que con justicia considera lesionados por el fallo que emitió en 1900 el Presidente de Francia, Mr. Emile Loubet. Nuestro abogado ha hecho, en ejercicio de su mandato, un esfuerzo insigne de laboriosidad y competencia, y, al retirarse de Washington deja en poder del Arbitro un luminoso alegato que con sus documentos anexos comprende trece extensos volúmenes, y una réplica en dos volúmenes magis-



LICDO. DON PEDRO PÉREZ ZELEDÓN

trales, al presentado por el personero de Panamá. Tremendas desgracias de familia abatieron el ánimo del Licenciado Pérez Zeledón durante su ausencia: nos referimos a la muerte de su señora esposa, de su hija Flora y de una de sus hijas políticas, víctimas de violentas enfermedades en el corto espacio de un año; pero sobreponiéndose a sus hondas penas morales por altísimo sentimiento de deber, llevó a cima, sin embargo, su árdua tarea, con abnegación y patriotismo ejemplares. El país ha contraído con él, por lo que dejamos dicho, una nueva e inmensa deuda de gratitud.

PANDEMONIUM presenta al Licenciado Pérez Zeledón cordial y respetuoso saludo de bienvenida.



DON ROBERTO BRENES MESÉN

Jefe de la Misión Especial acreditada ante el Gobierno de la Casa Blanca

Legación a Washington

Con motivo de la próxima discusión en el Senado norteamericano del Tratado Chamorro-Weitzel celebrado entre los gobiernos de Nicaragua y de Estados Unidos, el cual afecta y com-

promete de modo grave altos intereses de la soberanía centroamericana y lesiona derechos indiscutibles de Costa Rica en la zona del río San Juan, ha resuelto el Primer Designado en ejer-



DON MODESTO MARTÍNEZ
 el popular Director de "La Información",
 actual Secretario de la Misión de Costa Rica en Washington.

cicio del Poder Ejecutivo, acatando instancia especial del Congreso de la República, acreditar ante el Gobierno de la Casa Blanca una Misión Especial con el objeto de elevar nueva y formal protesta contra la aprobación lisa y llana del referido Tratado, por tantos conceptos vulnerable e injusto. Integrarán dicha Misión el conocido educacionista don Roberto Brenes Mesén, en carácter de Enviado Extraordinario

y Ministro Plenipotenciario, y el distinguido escritor don Modesto Martínez como Secretario, quienes es probable quedarán permanentemente en Washington al frente de la Legación de Costa Rica en Estados Unidos. Harán su viaje en el vapor *Pastores* el lunes próximo; y al felicitarles por el justo honor discernido, les deseamos cumplido éxito en sus delicadas gestiones.

Un homenaje justo

El Embajador norteamericano en Francia, Mr. Myron T. Herrick, ha sometido a su gobierno una proposición encaminada a erigir un monumento, en el Istmo de Panamá, a la memoria de Fernando Lesseps, «el gran francés», como por antonomasia se le decía al insigne empresario de canales. El lugar donde el monumento debe erigirse será escogido por el mismo gobierno norteamericano.

Ese monumento, dice Mr. Herrick, se levantaría en una de las entradas del Canal para atestiguar el reconocimiento de los Estados Unidos por la parte muy principal que, gracias a la

portentosa iniciativa de esforzado francés, le tocó a Francia en la construcción de la gigantesca vía que está al abrir sus puertas al tráfico universal. Desde luego, puede tenerse por cosa indudable que la idea de Mr. Herrick será acogida con gusto por el Gobierno de Washington y que la estatua de Lesseps, símbolo majestuoso del genio galo, verá el desfile tranquilo de las naves a lo largo del canal, tal como lo soñó en sus días de gloria y poder el viejo e incansable constructor, a quien sólo la falta de un poco de orden y de unos pocos millones pudo hacer fracasar en la colosal empresa.

El animal más grande del mundo

El Museo de Carnegie establecido en Pittsburg, estado de Pennsylvania, pronto exhibirá el esqueleto de lo que se cree ser el animal más grande que ha existido en el globo. Este maravilloso ejemplar del reino animal ha sido desenterrado en una parte del Estado de Utah, conocida por «Bad-Lands», o sea Tierras Malas. Siglos ha, cuando Utah y otros muchos Estados del Oeste constituían el fondo del mar, en aquellas aguas deben haber habitado muchos seres, para nosotros extraños, y que los hombres de ciencia han descubierto en aquellos parajes prehistóricos.

Hace algunos años que los profesores del Museo de Carnegie comenzaron una serie de investigaciones en la región precitada, y parece que sus trabajos están dando buenos resultados. Las investigaciones que se hicieron originalmente revelaron fragmentos

de animales de enorme tamaño, los cuales fueron desenterrados sistemáticamente uno por uno, hasta que se descubrió un monstruoso esqueleto que—hasta donde se ha podido averiguar—es el más grande que jamás se ha descubierto. A este raro y valioso hallazgo se le puso el nombre de «Thunder Lizard» o Lagarto Monstruo. Se calcula que dicho animal tenía 85 pies de longitud y 16 a 17 de altura, en tanto que el cuello parece haber sido tres veces mayor que el famoso «Diplodoco», otro gigante del reino animal que, sin embargo, es mucho más pequeño que el último hallazgo de que se trata.

Al Dr. Holland, director del Museo, se debe en gran parte este descubrimiento, puesto que fué el primero que se dirigió a Utah con sus auxiliares y allí comenzó sus estudios. También se recordará que hace varios años

fué a la Argentina y llevó una reproducción del renombrado Diplodoco, que fué regalado a aquella nación por el Museo de Carnegie establecido en Pittsburg.

Los trabajos de exploraciones en Utah comenzaron con el establecimiento de un campamento permanente en en el Pico Dinosaur; desde el cual se extendieron las investigaciones en varias direcciones. Transcurrieron muchos meses sin que fuera posible encontrar nada de importancia, pero, por último, las muchas pesquisas fueron recompensadas. La obra de desenterrar todo el esqueleto del brontosauro exigió el trabajo de muchos hombres durante varios meses. Aún después de extraer las enormes piedras en las cuales habían trazas fosilizadas de los huesos, para transportar esas piedras fué necesario emplear 26 carros tirados por cuatro caballos cada uno, para transportarlas a la estación de ferrocarril más cercana, desde la cual fueron enviadas al museo. Dícese que estos restos son de los que se han conservado en mejores condiciones de los que hasta ahora se han desenterrado, y si se tiene en cuenta que han estado incrustados en las piedras durante un período de 15,000,000 de años, el hallazgo es asombroso. En casi todas las regiones donde se han encontrado restos de animales extintos

se ha visto que estaban dispuestos en masas mezcladas y confusas, y con frecuencia ha sido necesario aguzar el entendimiento para determinar la clase y forma probables de los animales. Pero en el gran hallazgo de Utah se echa de ver precisamente lo contrario.

Los trabajos de cortar y separar los restos de su lecho de piedra, en donde han permanecido durante siglos, están progresando y cuando este fósil, el más enorme de los que hasta ahora se hayan descubierto, se exhiba al público, aparecerá, en cuanto a la forma en general, tal y como cuando estaba vivo. Así, pues, en nuestros días habrá ocasión de contemplar un monstruo que vivió y se desarrolló hace ya tantos siglos, que las conjeturas que se hagan en cuanto a su vida serán completamente fabulosas. Sin embargo, se ha comprobado un hecho, a saber, que los brontosauros fueron ciertamente los mayores en lo que se refiere al peso, si no en los combates, puesto que se calcula que el que acaba de descubrirse pesaría unas 20 toneladas, y si se tiene en cuenta que un elefante de buen tamaño de la presente época sólo pesa unas 5 toneladas, la enormidad del antiguo lagarto resulta todavía más sorprendente.

(Del Boletín de la Unión Panamericana, Junio 1914)

Conviene al Comercio

EL RESULTADO PRÁCTICO
QUE DARÁ AL COMERCIANTE
: : : UN ANUNCIO EN : : : :

- - PANDEMÓNIUM - -

ESTÁ GARANTIZADO CON UNA CIRCULACIÓN DE 2,500
EJEMPLARES BIEN DISTRIBUIDOS EN TODO EL PAÍS



ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO DE AUSTRIA
Y SU ESPOSA MORGANÁTICA LA PRINCESA SOFÍA DE HOHENBERG
recientemente asesinados en Sarajevo.

*(Fotografía que agradecemos á la fineza del Consul General de Austria-Hungría en Costa Rica,
señor Carlos W. Wahle.)*



ARCHIDUQUE CARLOS FRANCISCO JOSÉ DE AUSTRIA
Y SU ESPOSA LA PRINCESA ZITA DE BORBÓN,

quienes en virtud del asesinato del Archiduque Francisco Fernando, son actuales herederos de la Corona Imperial y Real de Austria-Hungría

Un huelguista

—Dios me perdone, no puedo,
no puedo más, señá Pepa,
ni esto es honrao, ni esto es vida,
ni esto es dizno de una hembra
que nació en buenos pañales
y se ha pasao la existencia
trabaja que te trabaja,
y afanando una peseta
pa que luego se la gaste
en bromas un sinvergüenza.
—Al fin y al cabo es tu hombre
por lo cevil y la iglesia;
al fin y al cabo es el padre
de esos críos que t'asedian.
¿Que te ha tocao ese marío
que es peor que una epidemia ..?
¡Ay, si los diesen a cala
como los melones, prenda,
no cargaríamos muchas
con calabazas como esas!
¡Qué vas a hacerle, chiquilla;
ten resinación y piensa...!
—¿Qué voy a pensar, señora,
si dende la última huelga,
por zancas u por barrancas
no ha cogío la herramienta
y tengo yo que ganarlo?
vamos, ¿no es una vergüenza
que con cuatro creaturas
que caben en una artesa
esté yo haciendo cigarros
tóo el día, y que luego venga
y que los lave y los cosa
y que les haga la cena
y que entadía su padre
cate el guiso y haga muecas,
y porque está un poco soso
se vaya él a la taberna
a regalarse el hocico
con bacalao y chuletas,
mientras que sus creaturas
rebañan una cazuela
de patatillas en salsa,
que, aunque mal, les alimenta?
¿Eso es hambre u egoismo,
dígame usted, señá Pepa?
— ¡Ay, hija, eso no es un hombre,
aunque a ti te lo parezca!

eso es talmente una cámara
frigorífica, y dispensa;
¿y él que hace que no lo busca?
—El dice que no lo encuentra,
y está esperando que llegue
lo de la crisis obrera;
y le sale una chapuza
regular, y la desprecia,
y pone verde al alcalde,
y discute en las tabernas,
y van pasando los días,
y él engorda como un bestia,
porque come y no trabaja,
y en cambio yo estoy anémica,
y pálida y ojerosa,
y con la mar de tristeza.
—Arañale y no seas prima,
pa que se espabile, necia.
—Siempre está arreglando España
de tal u de cual manera,
y mientras otros tién tajo,
él se pasa la existencia
abandonando su casa
y administrando la ajena;
le digo a usted que no puedo,
no puedo más, señá Pepa.
—¿Sabe tocar algo?

—¿Cómo?

—Los instrumentos de cuerda.
— Sólo toca en la ocarina
d'afición un par de piezas.
—Pues hija, cómprale un perro,
un plato y unas muletas,
y un cartelito que diga:
«Ciego de gota serena»
y que se eche por las calles
a pedir, que eso no es mengua.
—¡Por Dios, no me hable usted de eso,
que la cólera me ciega;
cuando estos fríos pasaos
viene un día y dice: «Negra,
me vas a dar una manta.»
Yo le dije: «Considera
que no hay más que una» Y repuso
de malas formas: «¡Pues esa!
y, además, dame la blusa
del trabajo, la más vieja,
porque vamos a salir

unos cuantos de mi cuerda
 con esa manta pidiendo
 por calles y por plazuelas.»
 ¡No sé lo que me pasó
 ni lo que sentí! ¡Por éstas!
 Me salieron los colores
 a la cara, señá Pepa,
 y sin decirle ni esto,
 y sin mirarle siquiera,
 quité la manta a los chicos,
 se la dí, tomó la puerta,
 y a los cuatro u cinco días
 volvió a casa el sinvergüenza:
 no sólo empenó la manta,
 sino que con la colezta
 se apiolió una merluza

que todavía colea,
 y eso es con vista, señora,
 con que de ciego, se ciega
 y vende el perro y el plato,
 la ocarina y las muletas.
 Ahora dígame usted si esto
 es pa sufrirlo una hembra
 que nació en buenos pañales
 y que pasó la existencia
 trabaja que te trabaja
 pa ganar una peseta
 y pa criar a sus hijos
 con humildaz y decencia.

Antonio Casero

NOTAS

Don Justo A. Facio

Pandemonium

La Empresa MURRAY & C^o hace presente por este medio la expresión de su vivo agradecimiento al señor don Justo A. Facio, ex-Director de PANDEMONIUM, por los múltiples e importantes servicios prestados, con tanta actividad como inteligencia, durante el largo tiempo en que la revista estuvo bajo su acertada dirección. El señor Facio, en su aspecto de elemento propulsor de la cultura costarricense, ha realzado su selecta personalidad con rasgos definitivos; y al éxito de sus ingentes labores de literato y de educacionista ha agregado el que representa su robusto esfuerzo mental en PANDEMONIUM, por el cual la Empresa le reitera el testimonio de su sincera gratitud y aprovecha la ocasión para poner las columnas de este modesto órgano de publicidad a sus órdenes, en nombre de la nueva gerencia de ella, con la esperanza de que PANDEMONIUM se verá honrado, de cuando en cuando, con la acreditada firma del señor Facio, que siempre cubre obras de verdadero mérito artístico.

Desde este número y en virtud de arreglos hechos, dirigirá la revista PANDEMÓNIUM el Licenciado don Guillermo Vargas. La IMPRENTA ALSINA tendrá a su cargo, como hasta ahora, la parte material de la publicación y en ella pondrá todo el valioso contingente de sus recursos, a fin de que siga siendo, en este respecto, la más alta expresión de los progresos que las artes gráficas han alcanzado en Costa Rica. La fina labor tipográfica y de fotograbado que ha constituido uno de los éxitos principales de PANDEMÓNIUM será mantenida a igual altura en lo sucesivo y las artísticas portadas que ejecuta el señor Tormo, de las cuales es valiosa muestra la del presente número, le darán con incansable novedad artística factura. En cuanto a lectura, es nuestro deseo que el material literario y científico sea agradable al público, para lo cual el nuevo Director cuenta con poder hacer selecciones cuidadosas, dando acogida preferente a trabajos de escritores nacionales dignos de publicidad. La sección de anuncios merecerá la mayor aten-

ción deseable, a fin de que nuestros antiguos y nuevos clientes tengan la debida satisfacción y alcancen con sus avisos los buenos resultados a que son acreedores. Es para nosotros motivo de verdadero placer asegurar, por lo tanto, a los numerosos favorecedores de PANDEMÓNIUM, que nos preocupa sobremanera el deseo de complacerlos en todo sentido; que atenderemos gustosos las indicaciones que se nos hagan para el mejoramiento y unánime aceptación de la revista; y que en esta línea de conducta, no omitiremos esfuerzo ninguno a fin de corresponder con creces a su benevolencia y apoyo.

Centenario de Mora

Concurso musical

La Junta Organizadora del Centenario de Mora, abre un concurso para proveer de música el siguiente «Himno a los héroes del 56»:

CORO

Al hollar nuestros cármemes puros
el tropel de la turba invasora,
el alerta bendito de Mora
en vuestra alma viril resonó.

Y al trocar la herramienta sagrada
por el rifle cubierto de gloria,
en el libro inmortal de la Historia
vuestro nombre por siempre quedó.

SOLO

Santa Rosa, La Virgen, San Carlos...
son estrofas del canto sin nombre
que la Patria, encarnada en un hombre
escribió bajo el sol tropical;

Canto excelso y heroico que alumbran
con su luz vuestras nobles hazañas,
y en que brilla la espada de Cañas
como un rayo de gloria inmortal!

(Letra del escritor hondureño don Augusto C. Coello)

Las bases del concurso son las siguientes:

I.—La composición musical debe constar de dos partes: la primera para

coro, adaptable a las dos primeras estrofas de la letra; y la segunda para solo, adaptable a las dos últimas estrofas.

II.—Las dos partes de música mencionadas, deben estar en diferente tono, procurando que para terminar se repita la primera parte, o sea la del coro; además, el himno debe principiar con una corta introducción.

III.—Como esta composición ha de ser cantada por alumnos de los grados superiores de las Escuelas Primarias y Colegios, debe tenerse en cuenta que la *extensión* no baje del *si-bemol* bajo el pentagrama, ni suba del *mi-bemol* en cuarto espacio.

IV.—El plazo para el concurso expirará el día 10 de agosto próximo, a las ocho de la noche. Las composiciones deben ser remitidas al Secretario General de la Junta Organizadora del Centenario.

V.—No podrán tomar parte en el concurso sino los compositores centro-americanos.

VI.—Las composiciones deben ser enviadas con un lema o pseudónimo. En un pliego cerrado aparte, en cuyo sobre se pondrá el mismo lema o pseudónimo, se consignará el nombre del autor.

VII.—El autor de la composición que a juicio del Jurado respectivo resulte adoptada como música del «Himno a los héroes del 56», recibirá un premio en metálico de trescientos colones (C 300.00) y un diploma honorífico.

San José, 1º de julio de 1914.

Cleto González Viquez,
Presidente.

Guillermo Vargas,
Secretario.

Triste acontecimiento

De modo inesperado y trágico falleció en las cercanías de Cartago, el domingo 5 de los corrientes, la señorita Carmen Jiménez, inteligente maestra de las escuelas de esta capital que, a



Srta. CARMEN JIMENEZ

los veintitrés años, había adquirido puesto de primera línea en las esforzadas filas del magisterio y en las del elemento culto y selecto que es prez de nuestra sociedad. A los méritos de su sano y bien cultivado intelecto, unía el don de una feminilidad exquisita y los esplendores de una alma noble y diáfana, digna de los más altos galardones de la vida y de las más ricas mercedes de la suerte. Un sino fatal y horrendo la ha arrebatado cruelmente al amor de su familia y al afecto de sus admiradores y amigos; pero al alejarse la fúnebre góndola, rumbo al mar sin riberas de donde ningún viajero vuelve, deja desolada la fronda primaveral que escuchó la suave canción de su espíritu y mustios los corazones buenos que encantó con su gracia. Ni en una ni en otros se marchitará nunca la flor del recuerdo, nutrida con amargas lágrimas y con infinita tristeza, y que ha de ser, junto a su sepultura, luminaria ideal a su memoria grata y piadoso homenaje al martirio de su doliente agonía. A su estimable familia presentamos la expresión de nuestro sincero pesar por esta desgracia que nos conmueve profundamente.

Señorita Elida Piza Chamorro

Ornamos la portada del presente número con la fotografía de esta linda y fragante flor Josefina, gala de una de nuestras más distinguidas familias. La señorita Elida Piza está recién llegada de Londres, en donde cultivó a perfección el estudio de la lengua inglesa y sus felices disposiciones vocacionales para las artes de la música y de la pintura, adquiriendo a la vez, por asimilación de su espíritu, la sólida estructura del carácter anglo-sajón, sobre la cual conserva, como manojo de rosas frescas en un búcaro, todos los encantos deliciosos y sutiles del alma nativa. Es bella y bondadosa; la mirada de sus ojos negros soñadores y la suavidad exquisita de su palabra gentil, son emblemas ciertos de la ter-

nura de su corazón. Es artista; y así como la gracia de los divinos númenes irradia en su frente pura, la gloria tocaría a sus puertas si ella quisiera conjurarla con las sagradas cábalas de la armonía y del color, que resplandecen en sus manos como un ramillete de lirios luminosos. Tiene veinte años triunfales. ¿Qué más es necesario para reinar en la vida con cetro de oro, para mirar el panorama de la existencia como un sueño encantado y para sujetar las voluntades humanas con hilos etéreos de luz de estrellas?

Señorita Angela Baldares

Hemos tenido el gusto de leer con el detenimiento necesario el interesante trabajo que la señorita Angela Baldares ha publicado en el último número de los *Anales del Ateneo de Costa Rica*, bajo el título de *Estudio sobre Aquileo J. Echeverría* y en el cual dedica atención preferente al análisis filológico del lenguaje popular costarricense tan fielmente interpretado y reproducido en las *Conchertías* del inolvidable poeta nacional. Al consignar la aparición de esa obra de indiscutible utilidad y de gran mérito, nos limitamos por ahora a dirigir en estas breves líneas a la señorita Baldares nuestra felicitación muy cordial por el éxito que ha alcanzado, pues es nuestro deseo referirnos extensamente en una de las próximas ediciones a su laborioso trabajo, que pone de nuevo en evidencia sus espléndidas facultades intelectuales, rinde gentil pleitesía a la memoria del inolvidable Aquileo y conquista un lauro de oro para la mentalidad robusta y equilibrada de la mujer costarricense.

Bibliografía nacional

La acreditada *Revista Argentina de Ciencias Políticas* inserta en su último número las siguientes notas sobre bibliografía costarricense:

MODAS



Encantadoras creaciones de la última moda de París.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS.—*Bric-a-Brac*.—Imprenta y librería Alsina, San José de Costa Rica, 1914.—Un volumen de 334 págs.

Reciben el pintoresco apelativo de *Bric-a-Brac* ciertas cosas fuera de uso, de más o menos respetable antigüedad, que suelen encontrarse en las azules y frágiles barracas de improvisados mercaderes parisienses, que aparecen como por encanto en algún bulevar de París. Por analogía el autor llama *Bric-a-Brac* esta colección de ideas, precisamente porque, dice el autor, «ni son del todo mías, ni son nuevas», (pág. 21). No obstante esta declaración, el libro se hace leer con gusto. Comprende ocho estudios, que llevan por títulos: derechos de la mujer; el futuro presidente; el general Morazán; la semana santa; un busto querido; el sepulcro de Colón; inauguración del Ateneo; Aquileo J. Echeverría. Digno de especial mención es el trabajo «Derechos de la mujer», en que el autor sostiene que se debe abrir a la mujer de alguna cultura el campo vedado de la política, sobre todo en la época presente, en que la conducta apacible, la rectitud de miras, el verdadero patriotismo y desinterés, parecen quedar reservados a la mujer costarricense, que, como se expresa el autor, «por bella, por sensata, por devota a sus deberes y fiel a sus cariños, merece el cumplido homenaje de propios y de extraños».

ARTURO CASTRO SABORÍO.—*Artículos*.—Imprenta Alsina, San José, Costa Rica, 1913.—Un folleto en 78 páginas.

Este folleto contiene como su título lo indica, pequeños trabajos de diversa índole, especialmente literaria.

Es de notarse entre ellos el que el autor tituló *Del literatismo como enfermedad social*, que es una interesante

página de psicología o más aún de psicología social, en la que se analiza los perjuicios que en el orden social traen las literaturas malsanas y vacías de pequeños escritores sin inteligencia y sin nervio.

H. G. R.

Los nuevos inmortales

Recientemente se verificó en la Academia Francesa la elección de los *inmortales* que deben reemplazar a Mr. Henri Poincaré, Mr. Thureau-Dangin y Mr. Emilio Ollivier. De éstos es bien conocido Mr. Poincaré, que es el célebre químico, profesor de la Sorbona y hermano de Mr. Raimundo Poincaré, Presidente de la República Francesa. Emilio Ollivier, olvidado hacía ya mucho tiempo, llegó a ocupar una alta posición en el segundo imperio napoleónico. Republicano al principio, *evolucio*ó hacia el Imperio y fué Ministro y privado de Napoleón el Pequeño. A Ollivier se le hizo en gran parte responsable de la guerra franco-prusiana, a consecuencia de lo cual cayó en el más triste desprestigio desde la desaparición del régimen napoleónico. Ollivier era escritor y polemista y dejó varias obras. Thureau-Dangin ha sido sustituido en el seno de la Academia por Mr. de la Gorce. En lugar de Ollivier fué electo Mr. Bergson, profesor de Filosofía en el Colegio de Francia y miembro prominente de la Academia de Ciencias morales y políticas. Mr. Poincaré ha tenido un sucesor en otro orden de ideas, pero de celebridad mundial: Mr. Alfredo Capus, uno de los dramaturgos más eminentes con que hoy día cuenta el teatro de Corneille. Obras de Capus hemos admirado aquí más de una vez, como por ejemplo *El Ladrón*.

EGOÍSMO? NOVELA COSTARRICENSE
POR CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO

DE VENTA EN LA LIBRERÍA ALSINA